

CULTURA DE PAZ

José Monleón

Director de la Fundación IITM

El término “cultura” posee, para la inmensa mayoría, varias graves reducciones. Tendríamos, por un lado, la tendencia a considerar que existe una sola Cultura, con mayúscula, la de su propio país o la del espacio histórico y geográfico a que pertenece. Es el caso, por excelencia, de Europa, donde, más allá de la atención específica a la cultura nacional, se tiene el sentimiento de que es una creación del Continente. Aparece entonces una jerarquización que subestima sistemáticamente las restantes culturas. Otra reducción es la de aplicarla a las manifestaciones de una clase social dominante, desdeñando cuanta se produce en el ámbito popular. En este punto, el uso de la escritura fue, durante siglos, el elemento que excluía sistemáticamente de la cultura las expresiones apoyadas en otros lenguajes. Finalmente, otra reducción habría sido la aplicación del término a las artes –literatura, música, pintura, etc.– y al trabajo intelectual o académico.

Estas reducciones corresponden a la división tradicional –con variables y distintos nombres, pero sustancialmente la misma– entre una minoría que ha hecho de la apropiación de la cultura un signo de su superioridad, y una inmensa mayoría teóricamente inferior. Ciertamente se ha hablado de teatro popular, juglaría, parateatro, folclore y mil términos más para referirse a las manifestaciones de la sociedad marginada, siempre dándoles el carácter de diversiones festivas, y secundarias.

En este orden, es significativo que los poetas españoles del 27 y los mentores de nuestra II República hablaran con frecuencia de cultura popular, entendida de un modo bien distinto. Sin asumir la vocación de perennidad que caracteriza a las artes de las clases dominantes, se habría gestado en el medio popular un arte efímero o recogido desordenadamente que, sin embargo, habría incidido decisivamente en buena parte del arte reconocido. Pienso, por ejemplo, en el flamenco, considerado un arte menor, vinculado a los gitanos y a las tabernas que, para muchos, constituye una muestra extraordinaria de varios siglos de vida popular.

Sin duda, la vinculación del teatro, la ópera, el ballet, los conciertos sinfónicos, las exposiciones de pintura, o simplemente de los libros, a la minoría dominante, ha sido una de las causas de la inmovilidad social, puesto que, al dejar fuera al medio popular, se negaba a éste capacidad para intervenir en los temas o debates de interés colectivo. Por eso fue del todo lógico que la II República Española pusiera tanto énfasis en la Instrucción Pública, o que el teatro y la literatura en general tuvieran un papel en la resistencia a la Dictadura franquista.

Nos encontramos, pues, ante dos visiones de la cultura. De un lado, sería el ornamento de una clase social, que, incluso, ajustó la arquitectura de los teatros a sus necesidades, cuando, en tantas ocasiones, dio mayor valor a los vestíbulos, donde los espectadores se saludaban en los entreactos, que a la dotación técnica de los escenarios y la racionalidad de los camerinos, en función de una ceremonia social que otorgaba a la materia dramática un carácter de complacencia y de reiteración de los principios ideológicos aceptados por ese público. Y de otro, la cultura sería un espacio abierto a la pluralidad, con su diversidad de formas, integrada a la evolución crítica de la sociedad. La UNESCO la definió en los siguientes términos (Conferencia General, 1966):

“La cultura debe considerarse como el conjunto de rasgos distintivos espirituales, materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan una sociedad o un grupo social y que abarcan, además de las artes y las letras, estilos de vida, maneras de vivir juntos, sistemas de valores, tradiciones y creencias.”

Hoy sabemos que todas las ideologías han tenido su propia cultura, y que ésta es la expresión colectiva y pública de un modo de entender las relaciones sociales, ajustado a los objetivos de aquéllas. Es decir, que lejos de ser un espacio singular –con su propio Ministerio–, es un sistema transversal, que afecta a todas las manifestaciones de una sociedad. Si hablamos de economía, de educación, de relaciones internacionales o de cualquier otra expresión de un país, serán siempre las características de una cultura las que dicten su tratamiento.

Llegamos al punto en que hemos de situar la Cultura de Paz. Ciertamente que disponemos de varios textos capitales, de las Naciones Unidas, de la UNESCO, y de

numerosos encuentros internacionales, que han definido sus objetivos, pero es obvio que detrás de la mayoría de ellos existe un pensamiento ético y político, que, en muchos casos, supone la severa corrección de los principios establecidos. Citaré dos textos capitales al afecto:

Copio, en primer término, un fragmento del Preámbulo de la constitución de la UNESCO:

“Que, puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz;

Que, en el curso de la historia, la incompreensión mutua de los pueblos ha sido motivo de desconfianza y recelo entre las naciones, y causa de que sus desacuerdos hayan degenerado en guerra con harta frecuencia;

Que la grande y terrible guerra que acaba de terminar no hubiera sido posible sin la negación de los principios democráticos de la dignidad, la igualdad y el respeto mutuo de los hombres, y sin la voluntad de sustituir tales principios, explotando los prejuicios y la ignorancia, por el dogma de la desigualdad de los hombres y de las razas.”

Y también la definición de Cultura de Paz formulada por la Asamblea de las Naciones Unidas:

“Una cultura de paz consiste en valores, actitudes y conductas que plasman e suscitan a la vez interacciones e intercambios sociales basados en principios de libertad, justicia y democracia, todos los derechos humanos, la tolerancia y la solidaridad; que rechazan la violencia y procuran prevenir los conflictos, tratando de atacar sus causas para solucionar los problemas mediante el diálogo y la negociación, y que garantizan el pleno ejercicio de todos los derechos y proporcionan los medios para participar plenamente en el proceso de desarrollo de su sociedad”.

Estamos ante dos textos armónicos y complementarios, en nada semejantes a los habituales sermones que predicán objetivos ajenos a la dinámica política de la sociedad

desde donde se emiten. Sermones de muy escasa operatividad, que sirven, acaso, para tranquilizar la mala conciencia y conquistar una dignidad virtual. En cambio, en la Cultura de Paz se habla de los objetivos éticos y de la acción política como instrumento para conseguirlos. Existe una relación sustancial, que, desgraciadamente, no suele darse en la política contemporánea, donde, sin problema alguno, el discurso de los propósitos morales y la política real van a menudo por caminos distintos. Aquí, la Cultura de Paz es un compromiso, la solicitud de una auténtica revolución cultural, en la medida que “cambiar la mente de los hombres” supone construir una nueva sociedad, lejos de los gestos coyunturales.

Nuestras Jornadas de Marsella parten del reconocimiento de ese doble discurso: uno, que incluye la existencia de un sistema financiero que ha desembocado en la crisis económica internacional –con sus beneficiarios y sus víctima–, la amenaza nuclear y la renovada virulencia de viejos mitos, políticos y religiosos, profundamente antidemocráticos; y otro, el proceso iniciado en los años 40, tras la II Guerra Mundial –del que son expresión los dos textos citados–, que asume la necesidad de construir una nueva cultura, en el sentido total del término, no ya en la defensa nominal de los consabidos valores democráticos, sino abierta a una profunda transformación social.

Es obvio que una de las razones del caos contemporáneo procede del choque entre los millones de seres humanos ganados por la evolución tecnológica y la sociedad de la información y las prácticas de quienes han gobernado e imaginado el mundo sin contar con su existencia. De pronto, hemos descubierto que no cabe hacer una democracia sin demócratas, o que difícilmente se consolidará la Unión Europea sin europeos; y que, si para una minoría la situación de la sociedad se identifica con la solvencia económica de los Estados, la inmensa mayoría necesita razones y márgenes de participación para sentirse parte de la Unión. Si durante siglos la distancia entre gobernantes y gobernados ha sido una norma aceptada, hoy el descrédito o lejanía de la clase política constituye un gravísimo obstáculo para la construcción de los proyectos de progreso, máxime cuando la inmensa mayoría es sólo la víctima de los abusos del sistema o los errores de sus gestores.

Por eso, la Cultura de Paz solicita una participación de la sociedad civil alineada, sabiendo su importancia para la supervivencia de la humanidad, al lado de quienes,

desde las instancias políticas, promueven su construcción. Ningún decreto, ningún código, ninguna ley, ningún sermón, podrán declarar que las sociedades han superado sus nacionalismos y sus fanatismos; ningún país podrá afirmar que tiene democracia porque realiza elecciones periódicas y dispone de un Parlamento; lo exigente de la Cultura de Paz es que plantea el dilema entre una aceptación de los principios que la hacen posible, o es uno más de los discursos inútiles, como lo han sido tantas promesas ideológicas llenas de luz que, por olvidar el protagonismo de los seres humanos, se han hundido para siempre. Preguntémonos, cada uno desde nuestra realidad concreta y, a la vez, sintiéndonos solidarios con el resto del mundo, qué podemos hacer, qué acciones están a nuestro alcance, para contribuir en el plano de la vida social a la realización de los objetivos que aparecían en los dos textos citados.

Saber que estamos en un momento caótico y difícil de la historia, ante el que se abren numerosos peligros de involución, y profundizar en la significación y el compromiso vital de la Cultura de Paz para construir un mundo distinto, me parece el punto de partida de una acción compleja, atenta, a su vez, a los principios éticos y a las acciones políticas, como partes indisolubles. Nudo central de la cuestión es, sin duda, la diversidad cultural, la ruptura del criterio jerárquico que las más fuertes han intentado imponer a las restantes. Tener presentes los derechos fundamentales y poner seriamente en cuestión el concepto tradicional de identidad. Un concepto falso –todos, hoy más que nunca, por nuestra experiencia personal y la información que recibimos, acumulamos distintas visiones del mundo– que rebrota y se vigoriza como respuesta a la violencia y el vacío. Esconder la razón para magnificar la hipotética identidad supone, casi siempre, quedarnos con una pequeña parte de nosotros mismos, aquella que puede ayudarnos a luchar contra los enemigos coyunturales, a trascender nuestra personalidad con el uniforme que pueda darnos una pueril fortaleza.

Citaré un tercer texto, esta vez incluido en el Programa confirmado en la Conferencia General de la UNESCO de 1966:

“La defensa de la diversidad cultural es un imperativo ético, inseparable del respeto por la dignidad de la persona humana. Ella supone el compromiso de respetar los Derechos Humanos y las libertades fundamentales, en particular los derechos de las personas pertenecientes tanto a minorías como a pueblos autóctonos. Nadie puede

invocar la diversidad cultural para vulnerar los derechos humanos garantizados por el derecho internacional, ni para limitar su alcance.”

Es fundamental, a los efectos de una existencia real de la Cultura de Paz, volver a una cuestión que paraliza y desvirtúa muchos de los programas de alcance supranacional. Me refiero a la idea de considerar que la alianza de los Estados equivale a la alianza de los pueblos, argumento que tendrá visos de real el día que los gobiernos democráticos representen, en términos efectivos, a sus ciudadanos, y no, sustancialmente, a un tejido de determinados intereses. Hoy, por el contrario, según hemos visto en los graves problemas de coordinación en la Unión Europea para encarar colectivamente la Crisis Económica, son muchos los Estados que esconden bajo el concepto de “euro escépticos” a ciudadanos celosos de la soberanía nacional, generalmente xenófobos y nada dispuestos a integrarse en proyectos abiertos al interés común de la diversidad. De hecho, la reciente crisis de la Unión se ha resuelto mucho antes por la necesidad de salvar la Unión monetaria que por la idea de consolidar un proyecto ético y político común. E incluso el líder y la número dos del principal Partido de la oposición en España han cuestionado el Plan de Austeridad para reducir la deuda pública, el primero por plegarse el Gobierno a una decisión de la Unión Europea, supuestamente extranjera, y la segunda por no empezar el recorte del gasto público con la supresión de la cooperación internacional. ¿Qué hacer con todos los integrismos que cruzan por las sociedades contemporáneas para alcanzar la Cultura de Paz que solicita la participación de la inmensa mayoría? ¿Hasta qué punto los mismos organismos internacionales que proponen y defienden esa Cultura no han visto obstruida su actividad cuando una gran potencia ha comulgado con “el choque de civilizaciones”?

La pregunta es milenaria. Y quizá fueron las grandes religiones, con su carga ética y su concepto de la Creación –que establece la fraternidad entre todos los humanos– las primeras en generar el deseado cambio en la “mente de los hombres”, que suponía además el Premio del Paraíso. Sin duda, tanto en el Islam como en el Cristianismo ha habido y hay millones de creyentes que son fieles a una visión de las relaciones humanas ajustadas –aunque sean otros los términos– a lo que hoy llamamos Cultura de Paz. los sufíes musulmanes y los místicos cristianos constituyen dos hermosas fuentes al respecto. Aunque, a su vez, por el uso que ha hecho la política de las religiones y las tomas de partido adoptadas a menudo por sus instituciones

jerárquicas, sean muchos los fieles “nominales” que hoy se incluyen culturalmente en ambas religiones sin participar de la ética dictada por sus fundadores.

Algo semejante cabría decir de postulaciones ideológicas, que sacrificaron el humanismo y el propósito de justicia atribuidos a sus objetivos al dogmatismo de sus procesos, lejos del respeto a la diversidad, de la voluntad de confrontar pacíficamente las discrepancias, de conjugar los valores que se reiteran en los citados textos de las Naciones Unidas y de la UNESCO.

Mario Soares, el ex Presidente de la República Portuguesa, en una reciente crónica (El País, 14/5/2010), ha pasado revista a los horrores de la historia moderna, señalando que el mundo se está volviendo “cada vez más peligroso, violento e inseguro: un lugar nada agradable para vivir, para quienes tengan un mínimo de sensibilidad humanista”. Tras recordarnos la creación de las Naciones Unidas por los vencedores de la II Guerra Mundial, “pese a estar separados por ideologías incompatibles” con el objeto de evitar la guerra y asegurar la paz, reafirma el valor del humanismo y el diálogo posible frente a la fuerza bruta y “el desarrollo, desde la escuela primaria, de eso que el profesor Federico Mayor Zaragoza llamó una “cultura de paz” durante los años en los que fue director general de la UNESCO”.

La realidad contemporánea exige de los gestores políticos mucho más que su astucia y su oratoria para descalificar a los adversarios en la lucha por el Poder. Son actitudes vanidosas, anacrónicas y peligrosas que paralizan la evolución deseable de las sociedades.

La Cultura de Paz es, frente al “desajuste histórico” del que nos habla Amin Maalouf en su espléndido libro, la casa común, el lugar donde construir un mundo diverso, pacífico, justo y habitable.